

# BEZAME



SADE

—¡Qué tranquilidad cuando una está segura de que nadie le ve!

**20** cts.







## NO ES LO MISMO



—Aunque me vean con este traje de pirata, yo no quito nada.  
¡Lo doy todo!

la sola consideración de la calaverada que iba a hacer!... Pero, aunque le azoraba un poco la idea de una aventura amorosa y le atormentaba otro poco el pensamiento de traicionar a su amante y confiada esposa, la evocación de aquellas "co-

sas" de Catalina le dió ánimo, y nuevamente sintió en sus adentros el espíritu de don Juan.

—Ni un vecino, ni el vigilante... ¡Arriba! Ahora hay que quitarse las botas, como hacen en los vodevils. Ya estamos en el piso... ¡Chist!

¡Maldita puerta!... No se oye nada. Ella duerme... Aquí... Ahora... ¡Caramba, cómo me va el corazón, cómo tiemblo!... La puerta abierta... Me espera... Adentro, pues. ¿Qué dudo?

—¡Ay! ¡Ay! ¡Señor! ¡Señora! ¡Ladrones!... ¡Ladrones!...

—¡Chist! ¡Silencio, Catalina!... Catalina..., soy yo..., el señor Pau... ¡No te acuerdas? Soy yo, gatita mía...

Pero la inocente Catalina, interrumpida en lo mejor de su sueño, seguía gritando con enorme pánico:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Hay ladrones en la casa!...

Y su voz de chantre resonaba en toda la casa y casi en todo el barrio.

El buen señor Pablo Pujol, helado, medio muerto, de don Juan que se sentía había quedado en estatua del cementerio.

Los gritos de Catalina seguían atronando... Y, de pronto, unas puertas que se abren, unas luces que se encienden, unos brazos que amenazan... Y el buen señor Pablo Pujol que se encuentra con su esposa, el portero, el vigilante, un vecino cojo, otro vecino natural de Valladolid y coro general.

Naturalmente que nadie pensó mal del amo de la casa, que, como a tal, era lógico que acudiese el primero al cuarto de donde salía la voz de alarma. Hasta se le pedían órdenes a él para la busca y captura del ladrón. Momentos de atolondramiento, de confusión, de gedeonadas, de hablar todos y no entenderse nadie, de registrar la casa varias veces... Hasta que, al cabo, una explicación de la portera dejó las cosas en su lugar y la tranquilidad definitiva.

—¡Yo lo he visto! ¡Sí, señores, lo he visto! Ha saltado por el balcón del cuarto de la señora... Era alto, iba en calzoncillos y llevaba un fío de ropa al brazo...

—¡Alabado sea Dios!—dijo la amante esposa del buen señor Pablo Pujol—. Si el ladrón ha escapado, que buen viento le lleve. Ahora ya podemos dormir tranquilos.

Y el buen señor Pablo Pujol quedó pensando en las cosas que hace el miedo, pues sólo el miedo hizo que la portera viese un ladrón imaginario, nada menos que en calzoncillos, y sólo por efecto del miedo se olvidó su esposa de preguntarle cómo era que estaba él allí, cuando debía hallarse lejos de la ciudad...

Sólo por miedo. Aunque tal vez no fuese miedo al ladrón, ¿verdad?

JUAN DEL TURIA





DESDE BARCELONA

# Informaciones morrocotudas

## Enemigo que da la espalda

Esta vez no hay quien me efafe la información. Estoy tan orgulloso de mi seguro éxito, que me apresuro a enviar copia de estas cuartillas al "New York Herald" para que las publique un mes después que ustedes. Podría enviar la información directamente a la Dirección general de Policía o al Ministerio de la Gobernación, para conseguir un triunfo personal; pero yo prefiero que las autoridades se enteren por haber leído el descubrimiento en BESAME, y que toda la

Prensa nos envidie la sagacidad y la suerte que hemos tenido.

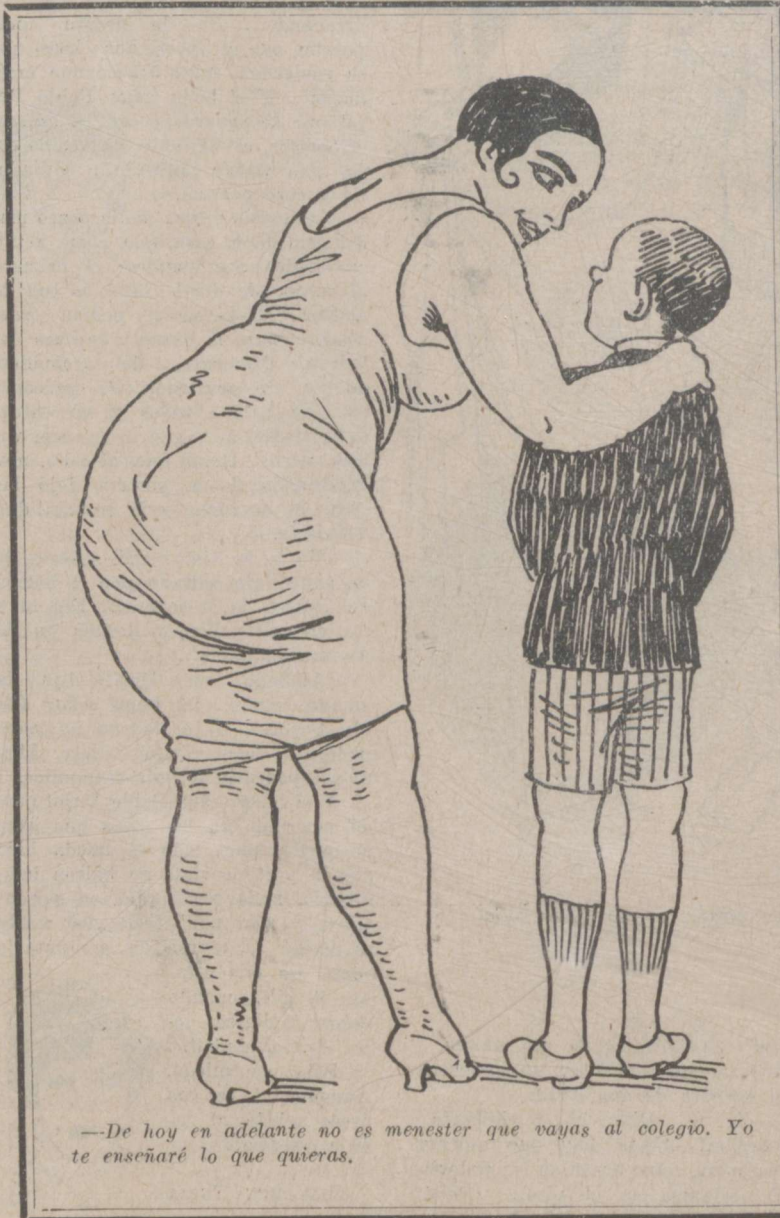
El descubrimiento lo hemos hecho en la plaza de España, ante las puertas de lo que fué Exposición Internacional del Montjuich. Eran ya las cuatro de la madrugada, y las oscuras nubes se iban tiñendo de un colorcito rosado que nos arrobaba el espíritu. Nosotros hemos sido siempre muy sentimentales y muy inclinados a contemplar las nubecillas, especialmente en verano y a esa poética hora del amanecer, en

que vamos en busca del descanso cotidiano en nuestra honrada cama de solteros recalcitantes. Es la hora en que se despierta la ciudad, se despiertan los pajaritos y se despiertan también nuestros instintos viriles y satiriásicos. No sabemos por qué; pero a esa hora, cuando aun no es de día y ya se han apagado los faroles de la iluminación urbana; cuando van entrando en la ciudad las huertanas con sus mercancías para los mercados, y salen las trabajadoras en dirección a sus fábricas, y se retiran las negociadoras de amor, y se ven solitarias y rápidas pasar las siluetas de algunas otras mujeres que tal vez van a la primera misa de su parroquia o en busca de la primera penitencia en su confesor... Todas estas mujeres, de las que apenas se ven sus facciones, inspiran a nuestros nervios unas tentaciones de violación contra la pared de una calleja solitaria, que, para vencerlas, hemos de recurrir a toda nuestra ecuanimidad de hombres ponderados.

Pues bien; precisamente a esa hora, cuando pasábamos por la apartada plaza que he nombrado, vimos un pequeño grupo que discutía ante una de las escalerillas del Metro. Nos sentimos periodistas informativos y acudimos a oler lo que se guisaba. Y nuestro asombro fué enorme al encontrarnos con varios individuos del Cuerpo de Consumeros, otros vigilantes nocturnos, unos transeuntes curiosos y dos mujeres que ocultaban sus cabezas con abatimiento y pugnaban por soltarse de los férreos brazos que las sujetaban.

Nuestro espíritu caballeresco quiso interceder en favor de las dos mujeres. Que un hombre atropelle a una mujer no nos parece cosa para inmiscuirse; pero que se junten tantos hombres para atropellar a dos mujeres indefensas, nos parece indigno. Sin embargo, a medida que nos acercábamos al grupo, recordábamos nuestras personales tentaciones de que antes hablaba. ¡La hora del amanecer, de la semiobscuridad, de las mujeres que van al mercado o a la iglesia o a la fábrica... y van solas y rápidas..., y apenas pasa gente por las calles..., y los portales cerrados ofrecen huecos propicios a los arrinconamientos y las violaciones... Y no perdono a los sátiros ni los justifico; pero, vamos, que uno se hace cargo de las cosas, y... aquellas dos mujeres solas... entre un grupo de hombres... La verdad es que las peores ideas se apoderaban de uno y casi lamentaba no haber llegado un ratito antes.

Los consumeros y los vigilantes querían mostrarse discretos; no había manera de hacerles decir una palabra. Todo lo más, decían que iban a entregar al Juzgado aque-



—De hoy en adelante no es menester que vayas al colegio. Yo te enseñaré lo que quieras.



llas mujeres y que el juez nos daría explicaciones, si lo creía oportuno. Pero nosotros no podíamos conformarnos sin información, que podía resultar peliaguda, y nos ganamos la confianza de uno de los curiosos que figuraban en el grupo.

—Ellas venían por la carretera de Sitjes; seguramente han pasado la noche caminando. Un huertano que venía en su carro de verduras, al paso lento de su macho dormido, dice que las ha visto desde más allá de Gavá. Deben venir por el litoral, quizá desde Valencia; quizá desde Alicante; quizá desde Sevilla...

—¿Qué locura! No es posible.

—No es posible andar tanto en una noche, pero sí en varias noches. Por lo que se comprende, de día permanecían escondidas en una cuneta o entre unas matas, y de noche continuaban el camino. Tal vez han hecho parte del viaje en carro, sobornando a cualquier trajinero sensible a unas monedas o a unas caricias...

—Pero... ¿son peligrosas?

—Cuando menos una de ellas. sí; es peli-grosa...; es decir, de pelos gruesos.

Nos parece tan acertada la interpretación de lo que debe entenderse por mujer peligrosa, que no hacemos objeción alguna. Y el buen informador sigue diciéndonos:

—Cuando han llegado aquí, hace cosa de dos horas, a un consumidor le han llamado la atención por la manera como trataban de pasar inadvertidas. Ha supuesto que llevaban matute y las conducía hacia una de estas escaleras del Metro para registrarlas; pero entonces se le han reunido otros consumidores y guardias convencidos de que no eran matuteras, sino unas mujeres caprichosas que regresaban de una aventura de tapadillo. Como van bien vestidas y una de ellas hacía muchos movimientos de caderas... En fin, que ellas no querían que las registrarán, pero los hombres se han ido poniendo excitadillos con la escena, y... uno echaba mano a una por delante, otro por arriba, otro por bajo, otro por detrás... Ellas no parecían tener gran interés en defender sus bellezas, sino en que se cobraran como quisieran el favor de dejarlas en libertad, que era lo que les interesaba.

—Entonces se habrán hecho más sospechosas aun, ¿verdad?

—No, señor; no ha sido entonces. Ha sido cuando una de ellas se ha empeñado en volverse de espaldas cuando los consumidores la atacaban con sus largos pinchos. El raro capricho ha sido aprovechado por uno, y luego por otro, y por otro... Los hombres se reían, sin comprender la manía de la extravagante mujer, y como lo raro suele ser siempre lo atractivo, todos se han servido de esa mujer por la espalda, atacán-

dola repetidas veces. Pero lo gracioso ha sido que ella exhalaba unos extraños suspiros..., y cuando los hombres han querido hacer con su compañera la misma perrería, ésta ha protestado con brutalidad, y en sus protestas y gritos se le han escapado unas palabras comprometedoras que se referían a su compañera. ¡Y aquí ha sido Troya! Han registrado a la que se empeñaba en dar la espalda a sus enemigos, y... ¿qué dirá usted que han descubierto? ¡Pues que no era una mujer de veras, sino el comandante de infantería que se escapó de Sevilla cuando la sublevación de Sanjurjo! ¡El que se fugó con otro disfrazado de sacerdote, el cual tuvo menos suerte y cayó en manos de la policía!

—Ahora comprendo su afición a volver la espalda al enemigo. Es propio de valientes sublevados.

—Ya se lo llevan al Palacio de Justicia. Mañana darán cuenta los diarios de haber sido detenido por unos consumidores.

—Pero no dirán lo que le han hecho, y necesito decirlo yo. Esas cosas no pueden quedar en el secreto. A toda la Nación interesa saber quiénes eran los que intentaban derribar la República. ¿De modo que ese bizarro comandante huyó disfrazado de mujer y en compañía de otro que iba disfrazado de cura? ¿Y llegó hasta aquí, y... al ser sorprendido, en vez de liarse a puñetazo limpio para escapar, prefirió dar la espalda para mantener el equívoco de su disfraz y... de paso...?

La gravedad de la información me tiene orgulloso por haber sido el primer periodista en obtener tan pintorescos detalles. Tal vez el gobernador no deje pasar la noticia y no la publique ningún diario. Pero ustedes ya saben cómo ha sido detenido aquí uno de los rebeldes por los consumidores, luego de haberle hurgado con sus pinchos. Ahora, ¡a Marruecos con él!

J. DE V.



—¿Es que tu marido no...?

—¡Ay, hijo; es de clases pasivas!



¿QUE QUIERE USTED QUE ESCRIBA?

La conveniencia del divorcio

Su carta, querida lectora, contiene dos preguntas; a la primera voy a poder contestar cumplidamente, pero en cuanto a la segunda, me va a ser muy difícil.

¿Es conveniente el divorcio? ¿Debo divorciarme yo? Estas son las dos preguntas que viene usted a hacerme, honrándome con su consulta.

Distingamos. El divorcio es conveniente... según los casos. La existencia del divorcio, la posibilidad de divorciarse legalmente, es conveniente siempre. Yo no voy a repetir aquí los alegatos, reflexiones, considerandos y razonamientos que se hicieron en nuestras Cortes Constituyentes cuando se discutió el grave asunto. ¿No los leyó usted? Hubo para todos los gustos. Yo le haré presente algún recuerdo...

Porque usted, seguramente, habrá conocido a la mujer que convive con su esposo por consideración a los hijos, por no deshacer el hogar y quizá también por no haber de dedicarse a fregar escaleras, pero soportando el desprecio del esposo; sabiendo que malgasta, fuera de casa, las energías que debía dedicar a la esposa; conociendo a la fulana que merecía todas las atenciones del infiel y hasta llegando a verles del brazo en ciertas horribles ocasiones. Esa infeliz tenía muchos caminos para separarse del marido, des-

de luego. Pero ninguno legal. Y, separada ilegalmente, hubiera quedado siempre en entredicho de la gente, dudándose de si era ella la culpable de la separación y de la triste situación de los hijos. ¿Para qué razonar un asunto tan debatido, tan explicado, tan vulgar ya?

Negar el derecho, como se negaba antes, a rehacer sus vidas los equivocados, era sencillamente monstruoso. De buena fe nos equivocamos todos cien veces al día. ¿Cómo no aceptar la equivocación de buena fe en el matrimonio? Y, evidenciada la equivocación, ¿no era un crimen



—Siempre que leo este libro me viene a la imaginación Ernesto. Hoy también me vendrá.



—¿Cómo has conocido que soy choffer?

—Por lo bien que manejas la bocina.

obligar a los equivocados a soportar durante toda su vida el resultado? Podían separarse; pero no rehacer sus vidas. Cerrado el camino legal, se abrían las puertas falsas a todas las clandestinidades, los adulterios y los engaños. La ley iba contra la Naturaleza, y la Naturaleza, lógicamente, la rompía. Pero la rompía de la peor manera: hipócritamente, con la hipocresía obligada por una sociedad que se empeñaba en no reconocer natural lo que no estuviera en la ley.

¿Conoce usted el famoso asunto de la esposa obligada por el marido, para encender su gastada lujuria, a permanecer en brazos de otro hombre hasta que el marido asomaba por las cortinas y, ya preparado con la visión, reclamaba sus dere-

chos? Ocurrió en Madrid, y los periódicos comentaron el escandaloso suceso. La esposa pudo separarse, sí; pero rehacer su vida, no. Debía quedar hasta su muerte sin amor verdadero, sin ilusión por vivir, soportando el angustioso peso de su desgracia. Ahora, suponga usted que la infeliz se hubiera enamorado de uno de aquellos hombres en cuyos brazos llegó a estar por instigación del marido, de los que llegó a recibir caricias y besos, a los que ella misma llegó a acariciar muy íntimamente, para que el esposo se excitara viendo la escena desde su escondite. ¿Por qué no concederle que se separase del marido abyecto y fuese feliz casándose con el que luego pudo enamorarla? Pues la ley no quería. Aquella mujer, casada de buena fe, podía separarse del esposo para ir a un rincón a llorar su pena, hasta su muerte. Sencillamente criminal.

No tenga usted miedo; no me voy a poner pesada explicando casos y haciendo sesudas reflexiones. A mí no me gusta mucho reflexionar, la verdad. Las frivolidades, los alocamientos, los impulsos, se avienen mejor con mi temperamento pasional. Entre sus mismas amistades, con lo que usted haya visto o haya oído contar, podrá recoger historias que le resultarán más elocuentes que todos mis razonamientos. Pero, como usted se halla en un caso grave —grave, según me dice usted. A lo mejor su caso puede resolverse más sencillamente que bebiéndose un vaso de agua—, le voy a contar el éxito de una amiga mía con sólo el planteamiento de su divorcio.



—Señorita: ¿quiere que la cubra?

—Y si nos mojamos los dos?







# COSAS DE MUJERES POR FERSAL



- TANTO HABLAR, TANTO HABLAR, Y LUEGO... NADA... ¡ES UN LENGUARAZ....!



- ¡QUE POCO OPORTUNO ES ESE, SEGURAMENTE VENDRA, CUANDO ME ESTE VISTIENDO...!

- ME ACABO DE LEVANTAR DE LA CAMA... ¡YO CREO QUE YA ES HORA DE QUE DESCANSE....!



- ESTOY ALERTA POR SI LLEGA LUIS, PORQUE COMO ES TAN TRAICIONERO....!



- TANTAS GANAS QUE TENIA DE CASARME Y... TOTAL NADA NUEVO. ¡ESO LO SABIA YO DE SOLTERA



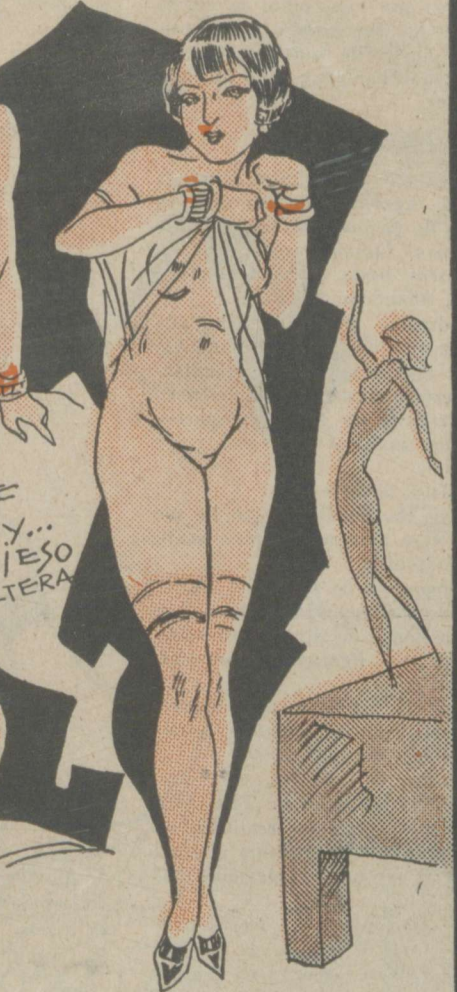
- NO LES EXTRAÑE QUE LES VUELVA LA ESPALDA. ¡ME SUELE DAR POR AHI!



- ¿ME SERÁS FIEL?  
- ¡COMO UNA PERRA!  
- BUENO, ENTONCES TE COMPRARÉ EL COLLAR!



- DESDE QUE ESTÁ FUERA NO ME HA ESCRITO. ¡CUANDO VENGA SE LA VOY A ARMAR.... Y BIEN GORDA....



- MIRA QUE IR HABLANDO MAL DE MI, POR DETRAS CON LO QUE A MI ME GUSTAN LAS COSAS POR DELANTE....

FERSAL



# COMO SE DESNUDAN LAS MUJERES

## LA MUJER DE LA CALLE

Con una despreocupación, con una falta de coquetería, que sólo un ente que carezca de espiritualidad es capaz de transigir con aquella hembra que concede tantos minutos: a peseta por minuto o viceversa.

Entra esta mujer en el cuarto alquilado, hace correr la cremallera que le cierra el vestido de arriba hasta el ombligo, se lo saca por la cabeza. En seguida, rápida y hábil, se saca el calzón o braga; después se quita el sostén, que lo lleva con gomas para no perder tiempo, y queda su cuerpo desnudo como el de la madre Eva antes de lo del Paraíso.

E inmediatamente salta encima del lecho, que luce sobre la colcha una tela que fué blanca y que presenta la huella de múltiples tacones de goma que han manchado la pasada nitidez.

## LA JAMONA

Cuarenta y cinco años. Dilatada viudedad. Añoranza de los días ya perdidos de pasional avidez. Hambre de caricias. Labios resecos que esperan otros besos. Sexo inquieto... Dejaded, abandono, laxitud...

Un día, la otoñal se cansa de su interminable languidecimiento. Se viste cuidadosamente, pretendiendo aparecer sugestiva; se pone unas medias negras de seda transparente y unos zapatos de charol y de ante.

Y sale a la calle.

A poco, las medias dejan de ser tirantes y se arrugan un poco sobre el grueso tobillo.

La conquista de la otoñal es fácil. No resiste demasiado. Acaso un par de sesiones de cine, y entonces pide con voz ligeramente emocionada:

—Llévame a un sitio muy discreto donde no pueda encontrar a nadie conocido.

A puerta cerrada ya, el rostro de la otoñal se colorea. Ella dice que es rubor, pero, en realidad, es el calor que la invade desde el sexo al rostro al acercarse el deseado instante.

El. — *(Impaciente.)* Desnúdate, mujer.

Ella. — Espera, espera; no tengas prisa.

El. — *(Mentalmente.)* Me va a costar un duro la habitación...

Ella. — No me mires al desnudarme.

El. — Pero si es lo que tiene mayor atractivo ver cómo se desnuda una mujer. En ese sencillísimo detalle hay una innegable emoción estética.

Ella. — Es que me da mucha vergüenza.

El. — *(Sin premeditar sus palabras.)* ¡Bah, qué tontería! ¡Vergüenza a tus años!...

Ella. — Espera un momento, hombre; anda, no seas malo; vuelve la cabeza.

*(El, para no perder el tiempo en discusiones inútiles, se vuelve de espaldas, pero procurando descubrir por el espejo los movimientos de su conquista.)*

hombre la curva, algo excesiva, de su vientre... que, una vez acostada, se disimulará mejor.)

Ella. — *(Con la satisfacción de haber burlado la curiosidad de él y satisfecha ya de verse al fin en la cama con un hombre al cabo de diez años de soledad.)* Anda...

El. — *(Un poco rabioso.)* ¿Qué?

Ella. — Que te acuestes ya... Anda, hombre; no pierdas el tiempo.

*(La otoñal siente otra vez aquella laxitud de los días de viudedad forzosa, pero ahora por causa bien distinta. Su cuerpo se estremece y sus ojos se entornan gozosamente.)*

## LA COSTURERA

Tarde de estío, de un estío que declina poco antes de que llegue el otoño.

La señora de la casa acaba de entrar en el cuarto de baño. Allí dentro, su labor de aseo y arreglo es lenta.

El señor de la casa se acerca a la costurera:

—Qué guapa has venido hoy, Esriqueta.

—Por Dios, don Jorge.

—Estás macanuda...

—Que le va a oír la señora...

—No hay cuidado. La señora, a la hora del retoque, está sorda. ¡Si lo sabré yo!

El señor de la casa pasa por detrás de la silla donde está sentada la costurera, y a traición la pega un mordisco en la nuca, que los castizos suelen llamar "el colodrillo".

La costurera se revuelve entre enfadada y jubilosa y hace un gesto expresivo.

El esposo de la que está en el cuarto de baño hace un ademán de silencio y la besa en la boca, beso que la costurera no rehuye, aunque frunza el entrecejo con un gesto de hipocrito enfado.

Como el señor de la casa parece decidido a que aquello no termine así, es ahora la costurera la que dice en voz baja:

—Cerciórese de que nadie viene.

Y a continuación se levanta las faldas y no hay ni un sólo minuto de pérdida.

## LA CUSADITA

El y ella no están casados, pero viven maritalmente.

Por imposición de ella ha venido a vivir en la misma casa una hermanita provinciana de la mujer.

Desde el primer momento, la cusadita está encantada con el marido de su hermana. Le parece guapo, buen tipo, fuerte, gracioso, simpático: todo un hombre.

El se da cuenta del sentido de



PENSA  
32

—Al principio me daba mucho miedo, pero ahora me fumo diez o doce en un día.

*(Ella se apresura a quitarse el vestido y la faja; se estira las medias, que se recoge sobre la rodilla anudando la media. Sin quitarse el sostén, para que el "conquistador" no se dé cuenta de que ella tiene blandío y caído el pecho, y defendiendo el último reducto de su pudor con la camisa, que, en verdad, resulta un poquitín larga, la otoñal se mete precipitadamente en la cama; así trata de salvar de la curiosidad del*







# Chismorreo teatral!

## Se murmura...

...que una famosísima actriz era amiga y protegida de los siguientes señores:

Un autor viejo,  
Un autor joven,  
Un aristócrata,  
Un alto cargo de la República.  
...que los cuatro... *favorecidos* se conlevaban muy bien.

...que jamás se estorbaban unos a otros.

...que nadie discutía en la admirable amiganza por ver quién quedaba encima.

...que todo Madrid los conocía de sobra.

...que, como ella es una mujer fatal y *exterminadora*, la llaman el Apocalipsis.

...que a los cuatro *consocios* los llaman los cuatro jinetes del Apocalipsis.

::

...que el autor joven entró una tarde en el teatro.

...que el aristócrata le saludó humorísticamente, diciéndole: "Adiós, vecino."

...que el autor replicó: "De salud sirva."

::

...que cierta cómica de las que a los cincuenta años se siguen di-



—Estás atolondrao. Desde que has venido no haces nada a derechas...

ciendo damas jóvenes tiene un marido complaciente en extremo.

...que cuando se fija en algún nuevo galán le dice a su empresario responsable: "Contrátalo, Paco".

...que Paco lo contrata, diciéndole: "Antes de darle el préstamo, vaya a casa a que lo vea mi mujer, a ver si le gusta usted."

...que ella los recibe, los ve y, según la caída de ojos y las arrugas del pantalón, así decide su contrato.

...que, como Paco tiene veinticinco años más que su mujer, piensa: "Pobrecilla, si así se divierte ella..."

...que, aunque parezca mentira, el marido se apellida Jabato y Aleas.

...que cuando se enfada, que algunas veces le pasa eso, dice muy expresivamente: "Estoy *escarbando* de rabia."

...que en el teatro se le conoce por *Escarbando*.

::

...que un empresario y autor guacamayo se enamoró de una bailarina.

...que cuando la vio bailar le dijo: "Tú, para lo que servirías es para actriz de comedia."

...que cuando la vio hacer comedias le dijo: "Tú servirías para actriz trágica."

...que un día entró en el camerino de la actriz y la vio con uno...

...que otra vez bajó al foso y la encontró con otro.

...que una noche, al regresar al hotel, la sorprendió con un viajante.

...que al verla con tantos le dijo: "Tú servirías para golfa."

...que ustedes pensarán que el guacamayo disolvió la compañía.

...que no fué así.

...que han puesto una casa de niñas, y el guacamayo es el que cobra.

...que, como ya van para viejos, el guacamayo le ha dicho: "Tú servirías para alcahueta."

...que esta es una historia ejemplar del teatro contemporáneo.

::

...que en un palco de un cine fueron sorprendidos un autor joven muy dado a las originalidades y un genial periodista protector de jóvenes.

...que el sorprendido realmente fué el acomodador al encontrarse con dos tíos en actitud de jugar al "paso y la uva"; es decir, uno agachado, con el tras... en pompa y el otro dándole azotitos.



—¿Cómo no te lo tomas? ¿No te gusta? Pues abre el apetito...

—No, si ya sé que se me abre, pero ¡no me entra!

...que al ser conducidos a la Comisaría protestaron del atropello.

...que el autor dijo que él era inocente.

...que el periodista aseguró llevar la famosa chapa de Galarza.

...que no les encontraron ni la inocencia ni la chapa.

...que han pasado a veranear en la Cárcel Modelo.

::

...que en un teatro de revistas se ha puesto un anuncio pidiendo muchachitos jóvenes.

...que el empresario piensa traer a Madrid, para sus revistas, los conjuntos de *boys* (muchachitos) que ya están hasta envejecidos en París, Londres, Berlín, Viena y Nueva York.

...que esta murmuración es una verdad como una pirámide.

...que la decimos en serio.

...que en España siempre vamos a la zaga en los atrevimientos teatrales.

...que el empresario de ese espectáculo está sufriendo un error.

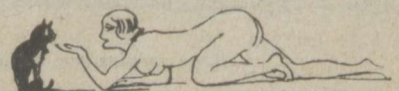
...que está eligiendo sus *boys* entre todos los mariquitas de la calle de Alcalá, el Prado y Recoletos.

...que eso no va a ser un espectáculo, sino un asco.

...que le brindamos el rumor al Director de Seguridad.

...que galantería, humor y gracia, bueno.

...que vicio, no.





# la plancha

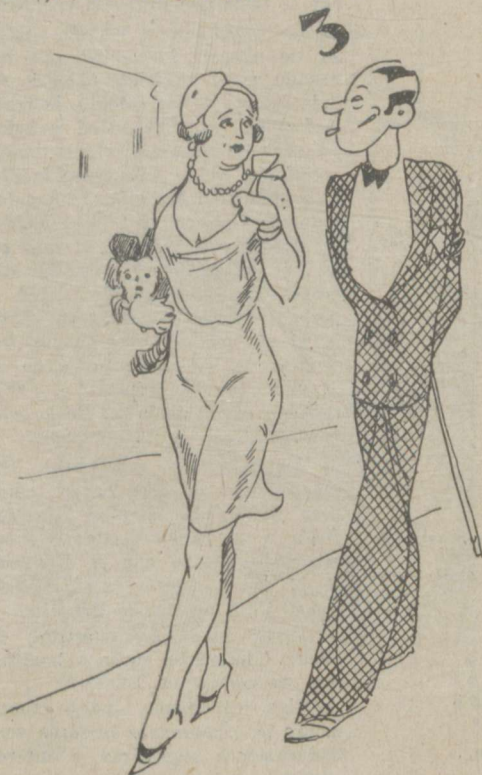
POR FERSAL



El — ¡QUE COSA MAS PRECIOSA.....!  
Ella — ¡YA TENGO CONQUISTA.....



El — ¡QUE OJAZOS, QUE BOQUITA.....  
Ella — ¡OH, QUE HOMBRE MAS SIMPÁTICO....



El — ¡ME PERMITE VD. QUE LA DÉ UN BESO?...  
Ella — ¡POR DIOS JOVEN, AQUÍ NO!.....



Ella — ¿ LE ES IGUAL AHORA...?  
El — ¡ ERA IGUAL ALLÍ QUE AQUÍ, SEÑORA.....  
ES A LA PERRITA..... ¡ ME GUSTAN TANTO  
LOS ANIMALES!.....

FERSAL  
/32.



## Buzón de BÉSAME

## Correspondencia con nuestros lectores

*Literato argentino.*—El gusto es nuestro, che. Estamos no más a su disposición. ¿Cómo no? Encantados de servirles. ¿Cómo *dise* que le va? Y dejemos ya los cumplidos, ¿quiere? Pues vamos a contestar su carta. Si usted cree que el hecho de ser de la ciudad del Plata le va a proporcionar una mujer con todas las cosas que usted le pide, le advierto un desengaño. Hoy ya no somos románticos ni con los de casa. Todo se cotiza..., pero, en fin, como aquí practicamos eso del hispanoamericanismo hasta en asuntos de colchón, le publicaremos su anuncio gratis. Esto del gusto es también un tópico del hispanoamericanismo. Porque, francamente, de gratis, ni la confraternidad. Conque allá va el anuncio... y no repita el plumífero si no es pasándose por la Administración:

“Literato argentino, menor de 50 años, carrera diplomática, embajador en varios países, piel poco arrugada; un forúnculo que tiene en el cuello hace 19 años, está tan bien colocado, que hasta le hace gracia. Los ojos le hacen chiribitas, y para el amor es un volcán en perenne ebullición, che. El detalle de que a los 50 años aun no la tenga arrugada, demuestra que su piel es muy apreciable y segura servidora. Busca joven exaltada, mayor de 15 y menor de 35, que no haya tenido desengaños, que tenga casa con confort y con el recibo pagado; que tenga radiola, pianola, gramola y que viva sola. Preferible que no pida dinero, porque no le agrada proporcionarla disgustos. Señas... que no sean feas. Dirigirse: León Bombín, Continental “De Balde”, calle del Día de la Raza, en el 69.”

*Un autor de revistas.*—No lo jure usted. Ya se le conoce que es primerizo. Preguntar a estas alturas, cómo se escribe una revista alegre de esas que, a lo mejor, dan mucho dinero, es de una inocencia paradisiaca. ¿Usted cree que se escriben? ¡Bah! Aparte esa idea de su cerebro calenturiento. No hace falta ni saber escribir siquiera. Claro que el hacer revista tiene sus secretos, pero ni eso tiene que poner el autor. Con un músico que tenga buen archivo, un modisto económico que gaste poca tela y, sobre todo, contando siempre con el redondo y sonrosado ombligo de una joven que grife mucho para justificar que canta, ya tiene usted revista re-

presentable. Y hasta título: ahí va ese: “El ombligo de la suerte”. Porque los hay. Cuántas no deben su suerte sino a la rotación de su sonrosado ombligo. ¡Ah! Se me olvidaba: también hace falta un buen maestro de baile.

*La madre de la chica “de servir”.*

—No se aflija usted, buena mujer, que eso le pasa a cualquiera... Bueno, a cualquiera que le haya pasado lo que a su hija. ¿Dice usted que dónde tendría la cabeza su hija en ese momento?... Caray, me deja usted de una pieza.

Yo pienso que la cabeza la tendría en la almohada. ¿No se refería usted a eso? Estas chicas son así. Por más, que si las pobres son consecuentes con su destino, no se las debe reprochar nada. ¿Vienen a servir? Pues la suya ha servido.

Nada, señora; no se sienta usted calderoniana, que no hay por qué empezar a tiros con nadie. ¿Que a su hija le han hecho una ofensa? Vaya, señora, tranquilícese; a eso que le han hecho a su hija se le da el pecho...

*Una desilusionada.*—Válgame la desgracia, qué cosas consultan ustedes a esta sección. Hace falta algunas veces pensar que ha ido uno a un colegio de pago y le han enseñado eso que se llama educación y sirve para no eructar delante de gente, que si no... ¿Qué me cuenta usted a mí con que se le ha retirado la leche? ¿Había sacado usted licencia? Además, señora, nosotros no sabemos de eso nada; no hemos criado a nadie. ¿Qué le vamos a dar de mamar? Diríjase a otro establecimiento. Aquí no sabemos qué leche le tiene que dar a la criatura.

*Uno que desconoce el mundo.*—¡Ay, su tía carnal, jovencito! ¿Se ha pasado usted diecisiete años de su vida dentro de un colegio de frailes? Pues ya está usted aviado. ¿Y echa de menos el colegio donde satisfacía todas sus necesidades? ¿La vida de los frailes le llenaba todos los huecos, eh? Pues maldito sea su padre de usted que no le dejó hueco de un puntapié allí detrás que lo ahuecó a usted..., pero es de la puñalera vida. ¿Que usted es una víctima de los incendios de los conventos y de la expulsión de los jesuitas?... ¡Victima de la expulsión?... De lo contrario, joven, de lo contrario.

*Una lectora.*—Muy inteligente. Sí, señora. Eso se debe hacer: comprar todos los sábados BÉSAME. Decir a sus amigas que se enteren todas de lo que es BÉSAME. Y al novio decirle también BÉSAME. Y al acostarse, BÉSAME.

Usted es de las nuestras; es decir: inteligente, joven y bonita; por eso piensa en BÉSAME.

Siga leyéndonos, que próximamente le ofreceremos lecturas verdaderamente sugestivas e interesantes.

Síguenos leyendo. BÉSAME es su ilusión, ¿verdad, joven? Además, con dos gordas... Lo dicho, BÉSAME.



—Me gustaría saber quién era ese hombre. ¿Lo que es la curiosidad! ¿Cómo me pica!



# GRACIA DE LOS DEMAS



—¿Qué es un pecado capital?  
—Es un pecado que sólo pueden ofrecerse los capitalistas...



—Y ahora, ¿qué tratamiento me aconseja seguir?

—¡Para eso, señora, tendrá que ver al doctor!... ¡Yo sólo soy su secretaria!...



—Refugiémonos en tu casa, querido; allí no tendremos tanta agua.  
—Tengo por seguro; cuando mucho... una palangana.



Ella.—(Contemplando la bahía.)  
¿Qué te parece esta vista?  
El.—Como no estoy acostumbrado a verla todos los días, me mareo.



El pintor futurista.—¿Qué está haciendo usted ahí?  
El alumno.—¡Pinto según lo que ven mis ojos, señor!  
El maestro futurista.—¡Mándese mudar inmediatamente de este taller! ¡Está arruinando el arte!



—¡Qué fastidio, Max! ¡No puedo encontrar mi vestido de baile!  
—¡Pero!... ¡Si lo he metido equivocado en el bolsillo del pañuelo!...



# BESAME



20 cts.

— Bueno; vamos a ver si es verdad que has sido profesor de equitacion...

